



## ... Y LISBOA ES ASI:

**LISBOA...**

«Como Roma, tiene siete colinas; como Atenas, posee un cielo tan transparente que en él podrían vivir los dioses; como Tyro, es aventurera del mar; como Jerusalén, sacrifica a quienes quieren darle un alma...»

En esta bella definición comparativa sintetiza Eça de Queiroz la descripción más exacta de la fisonomía topográfica de la ciudad y el esbozo más afortunado de su perfil espiritual. Lisboa es así.

Extendida y replegada entre siete promontorios; chorreante de luz, llovada de un cielo alto y azul; asomada valientemente a ese río, que es mar, la añosa ciudad trepadora mantiene una absoluta independencia de carácter. Acaso por atesorar una personalidad ancestral inconfundible, o tal vez porque duerma una siesta de siglos, Lisboa se rebela contra todo cambio de postura. Hace frente a cualquier imposición. Es una urbe inmutable, creada por los hombres y protegida por Dios, para exaltar —a los ojos de una humanidad afanosa— la tranquila alegría de un sosegado vivir. Algo de Paraíso debe tener Lisboa cuando la contemplación es uno de los quehaceres a que se entrega su población con mayor deleite.

Desde seis miradores de nombres sonoros el lisboeta contempla un plácido y lejano panorama marítimo y un próximo y encrespado océano de rojos tejados. Los barrios se miran unos a otros, en una vecindad de siglos. Algunas casas cercanas llegan a dialogar entre sí. La ciudad tiene su espejo en el Tajo, y el Tajo balancea en sus reflejos de plata y cobalto la ondulante silueta de la ciudad. Mirándose a sí misma, contemplándose sin tregua, Lisboa entera, trampolín de gloriosos cometidos marinos, practica una especie de reposado e inocente narcisismo. Su autocontemplación encuentra el amparo y la estática complicidad del tiempo.



Dicen que, a veces, en ciertas ciudades andaluzas parece que las saetas del reloj suspenden su circular giro. Lisboa supera esta inmovilidad. En la vieja Olisipo el calendario gregoriano solamente tiene un día: el día eterno e insondable de Lisboa.

\* \* \*

Como decía del Derecho Romano aquel famoso profesor, Lisboa también comenzó por no existir, aunque, en realidad, existió antes de nacer. Falsamente la leyenda atribuye a Ulises, padre de Telémaco; la fundación de Lisboa. Si alguna vez Ulisea tuvo existencia real no lo fué en Lusitania sino más bien —según ciertos autores— en Andalucía. De la Ulisea legendaria a la Lisboa actual una cadena de nombres —Alisubbo, Felicitas Julia, Olisipone, Aschbouma, Lixbona...— bautizó a través de los siglos la capital portuguesa.

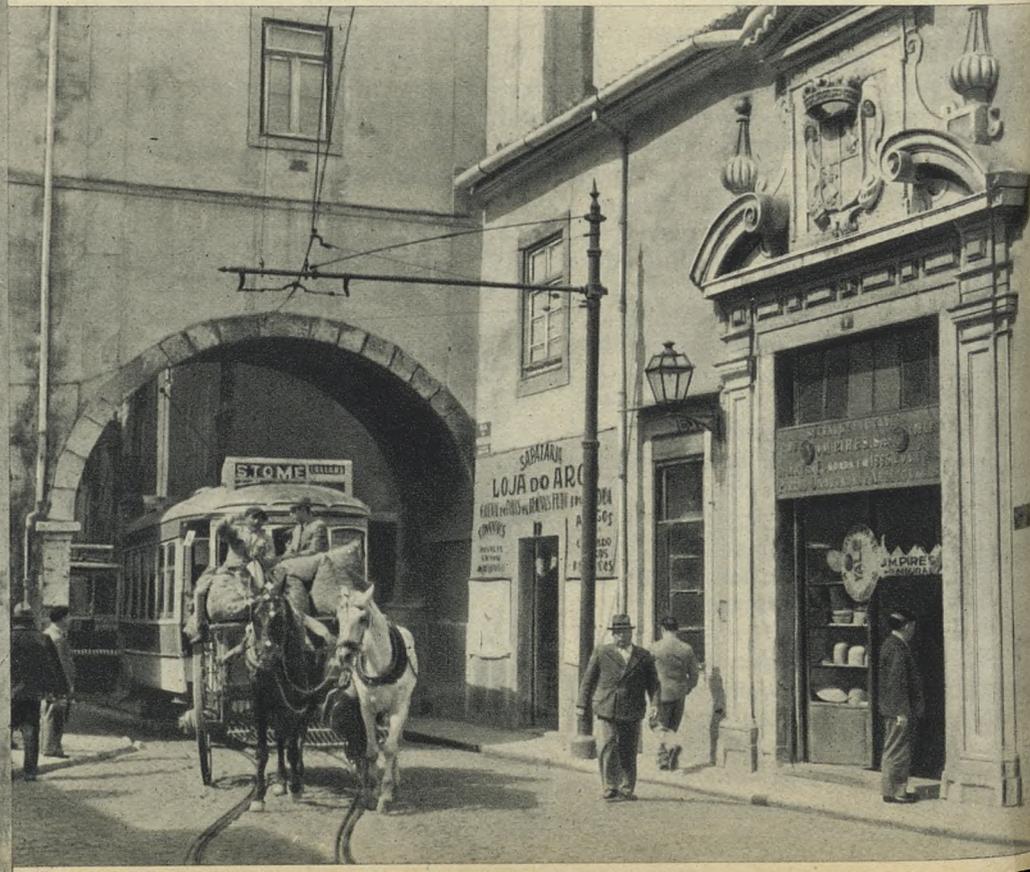
Con ayuda de cruzados normandos, Alfonso Henriques conquistaba la ciudad a los moros hace justamente ocho siglos. La primera dinastía alfonsina dilata y engrandece Lisboa. La capital aumenta de opulencia en los siglos XV y XVI bajo la dinastía de Aviz. Sigue siendo Corte durante la dominación española. Un terremoto la destruye en 1775, y un hombre, el marqués de Pombal, la reconstruye afanosamente. Su obra aún perdura. Perdura, pero, poco a poco, la Lisboa pombalina va cediendo el paso a la Lisboa salazariana —ciudad moderna de suntuosas avenidas— concebida por aquel gran ministro de Obras Públicas que fué Duarte Pacheco.

\* \* \*

Injusticias de la vida. El nombre de un mediocre fabulista, sin gran resonancia en la literatura lusa, designa la zona urbana más frecuentada de la ciudad: el Chiado. El Chiado, más que una calle, más que un céntrico sector urbano, es una verdadera institución lis-



Arriba: En el centro de Lisboa, la calle Chiado, en la confluencia de la Rúa Garret.—A la derecha: Un panorama de la capital portuguesa desde la colina de Graça.—Abajo: Calleja típica del barrio Alfama, y, a la derecha, el arco del Marqués do Alegrete en el barrio típico de la Mouraria. — En la página siguiente: Lisboa vista desde los jardines de San Pedro Alcántara y un bello aspecto del puerto lisboeta.





boeta. Rúa Garret, rúa do Carmo, rúa Nova de Almada, Largo do Chiado. constituyen, junto con la cercana Baixa, la clave de la vida lisboeta en el orden social, económico y literario. El Chiado es el corazón de Lisboa, por no decir que toda Lisboa vive un poco en el Chiado.

Otra curiosidad que ofrece Lisboa. De los 800.000 habitantes que cuenta la población raro es el que no transita una vez al día por la Plaza de Don Pedro IV. Sin embargo nadie designa a esa plaza por su nombre oficial. Para todo el mundo la Plaza de Don Pedro IV es «Rossio». Preside el amplio cuadrilátero, orlado de comercios y cafés y flanqueado por el teatro de Doña María II, una estatua del célebre monarca luso que da nombre a la plaza. Asegura un viejo y gracioso rumor popular que el personaje que se yergue arrogante sobre la alta columna, que sirve de pedestal, no es Don Pedro IV sino el emperador Maximiliano de Méjico. Cuando dicha estatua, procedente

de Francia, se encontraba en Lisboa, para ser transportada a Méjico, fué fusilado Maximiliano. Como ya no podía ser enviada a su destino, el gobierno portugués de aquella época la adquirió a bajo precio, y acordó que —instalada sobre una altísima columna— bien podía suplantar la egregia figura del famoso monarca luso que promulgó la Carta constitucional. Así es que, en la voz del pueblo, Don Pedro IV no tiene plaza ni estatua, a pesar de que oficialmente lleva su nombre una magnífica plaza y perpetúa su memoria un imponente monumento.

La Lisboa pombalina encuentra su expresión artística más acabada en el bellissimo «Terreiro do Paço», designado también con el nombre de plaza del Comercio. Abierto al río, el «Terreiro do Paço» es una plaza única en su género. Todo en ella es armonía arquitectónica. Su destino burocrático, pues cobija a casi todos los departamentos ministeriales, la convierte en centro de





Arriba: Uno de las plazas más típicas y concurridas de Lisboa: la de Rossio; al fondo, el Teatro Nacional de Doña María II, y en primer término, la estatua de Don Pedro IV.



Abajo: Largo de San Domingos, en el centro de la populosa capital de Portugal.

MUNDO HISPANICO

la vida oficial. El «Terreiro do Paço» enmarca el mejor monumento de Lisboa: la estatua ecuestre de Don José I, obra de Sequeira.

\* \* \*

A la sombra del Castillo de San Jorge, el tipismo lisboeta se refugia principalmente en dos barrios. Alfama y Mouraria. Alfama es el barrio más antiguo de Lisboa. Anterior a la nacionalidad portuguesa, es un conglomerado de humildes y pintorescas casas levantadas en un laberinto de rampas y callejuelas. Zona popular y marinera, se extiende, vecina al puerto, desde la Catedral hasta San Vicente, panteón de los monarcas lusos.

Más reducido, pero no menos pintoresco, es el barrio de la Mouraria. Su nombre proviene de que en dicho lugar establecieron sus comercios los moros libertos a raíz de la conquista de Lisboa por Alfonso Henriques. En la Mouraria

aún se conserva el último vestigio de la muralla de la ciudad: el Arco del Marqués de Alegrete.

Y si el doliente sentimiento se esconde en la Alfama y en la Mouraria, la alegría de Lisboa se eleva, en cambio, a sus miradores. Helos aquí: Santa Lucía sobre Alfama; Nuestra Señora do Monte sobre Mouraria; Santa Catalina y Rocha del Conde Obidos sobre el Tajo; San Pedro Alcántara sobre la Avenida da Liberdade... ¡Y la ciudad entera a los pies del Castillo de San Jorge!

A modo de palcos de un singular teatro, desde estos miradores se contempla el quieto y variado espectáculo de esta Lisboa secular, «hospedería del viento», unas veces, y posada del sol, casi siempre.

L U I S D E L A B A R G A